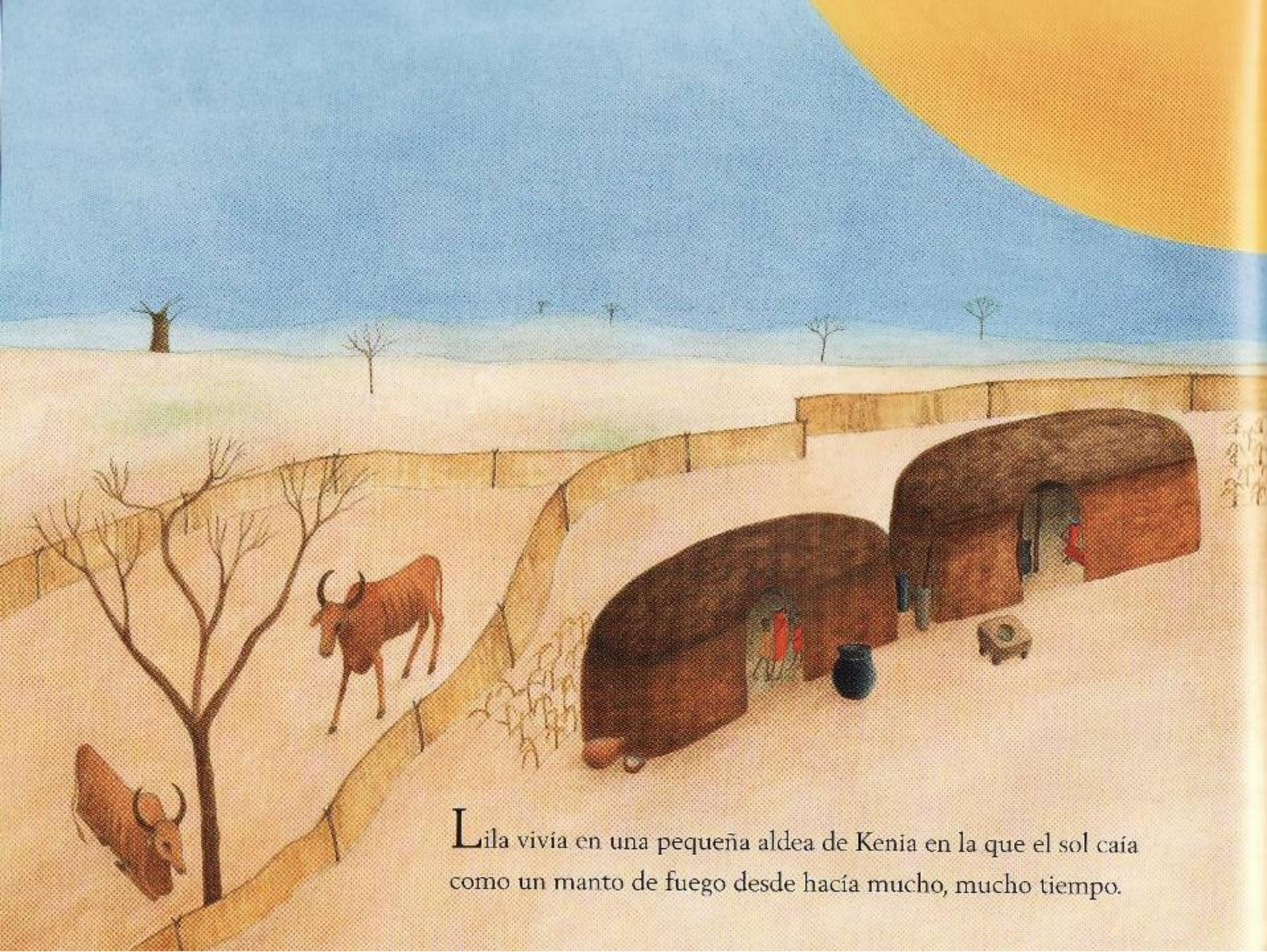


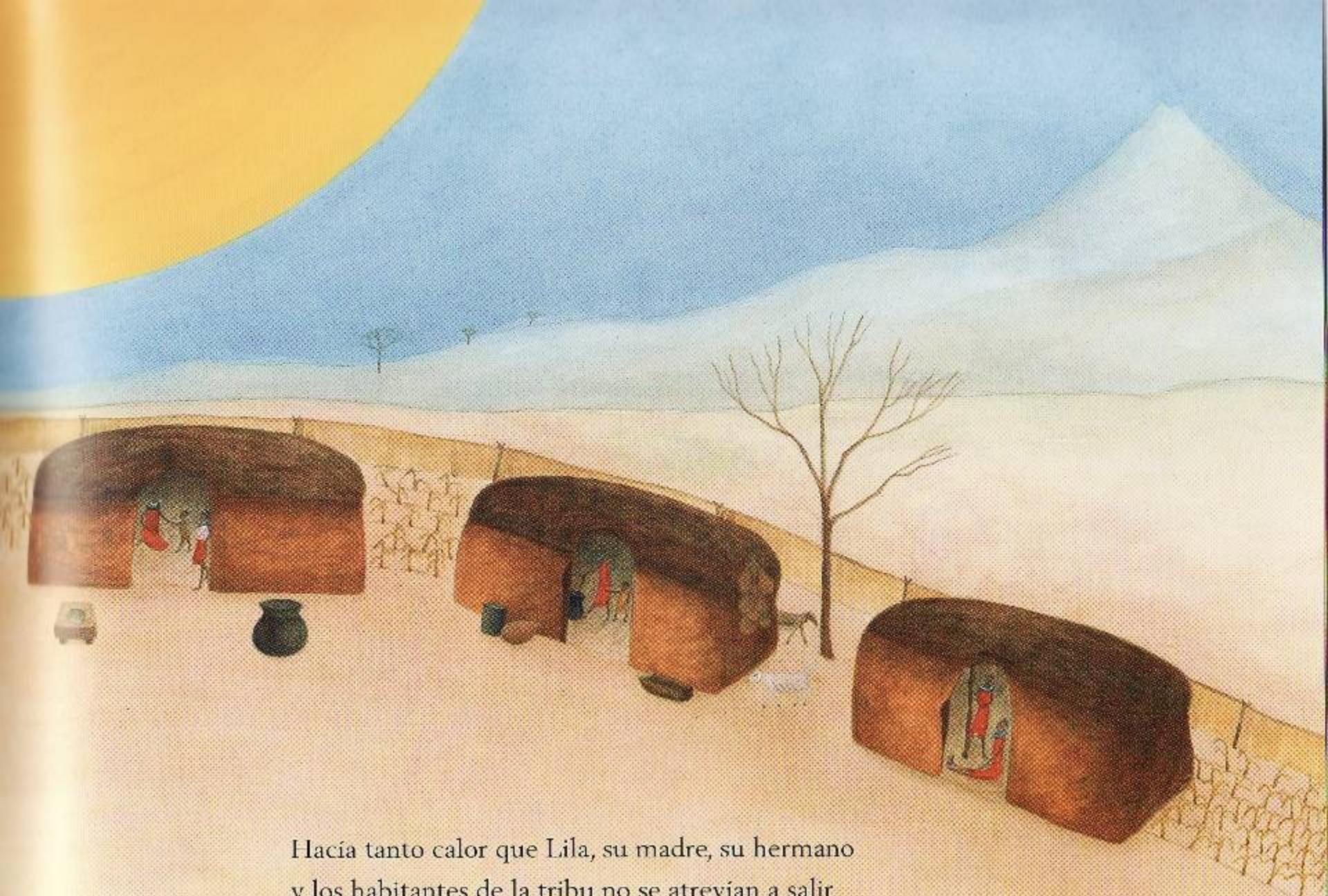
Lila y el secreto de la lluvia

David Conway y Jude Daly





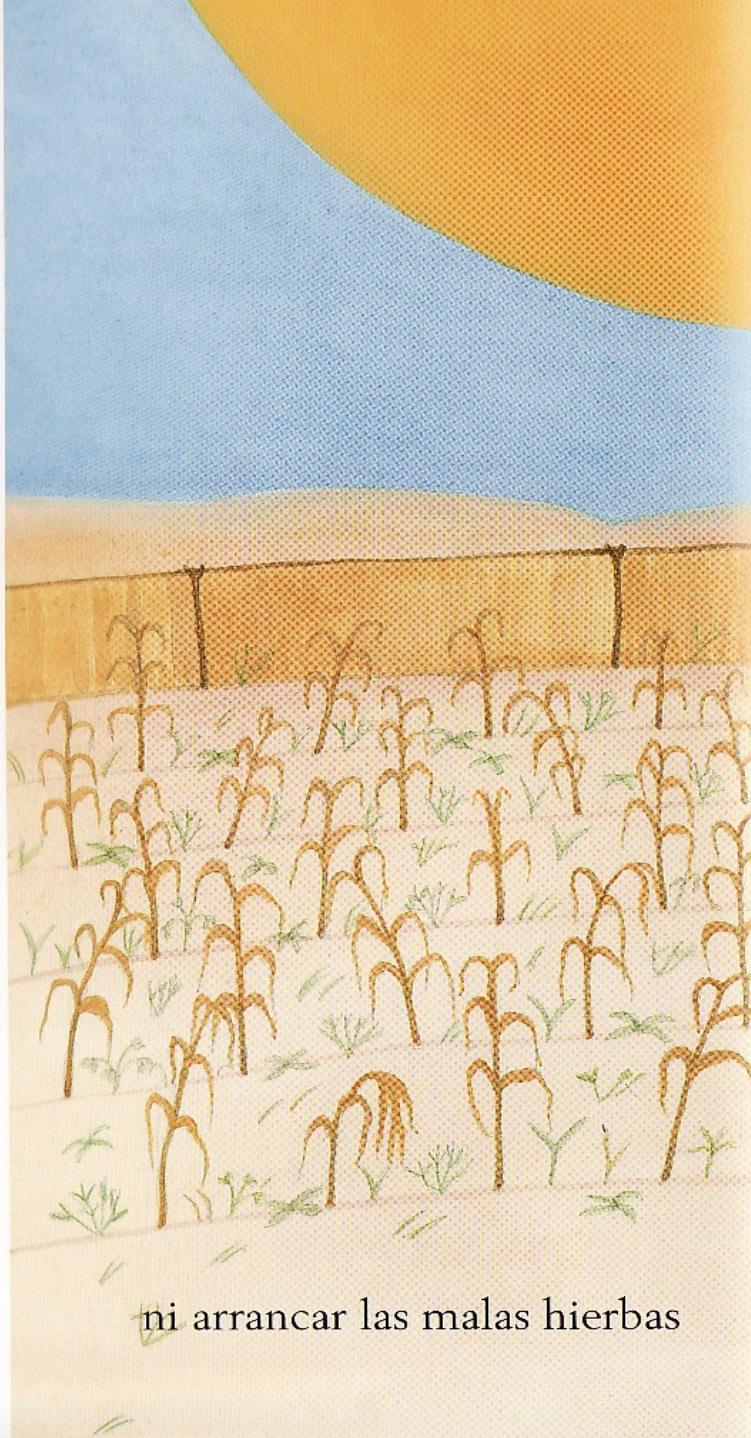
Lila vivía en una pequeña aldea de Kenia en la que el sol caía como un manto de fuego desde hacía mucho, mucho tiempo.



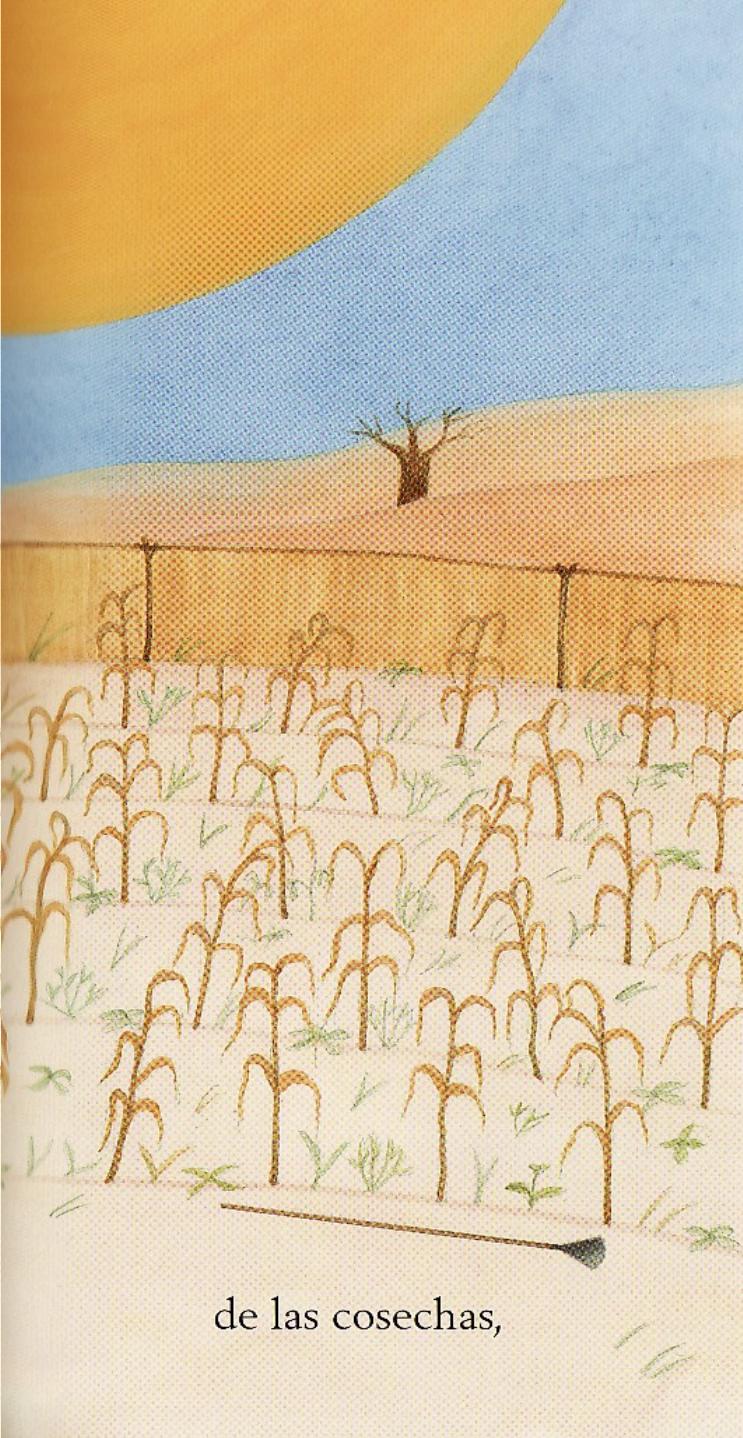
Hacía tanto calor que Lila, su madre, su hermano
y los habitantes de la tribu no se atrevian a salir
de sus cabañas.



Hacía tanto calor que nadie podía recoger la leña,



ni arrancar las malas hierbas



de las cosechas,



ni ordeñar las vacas.



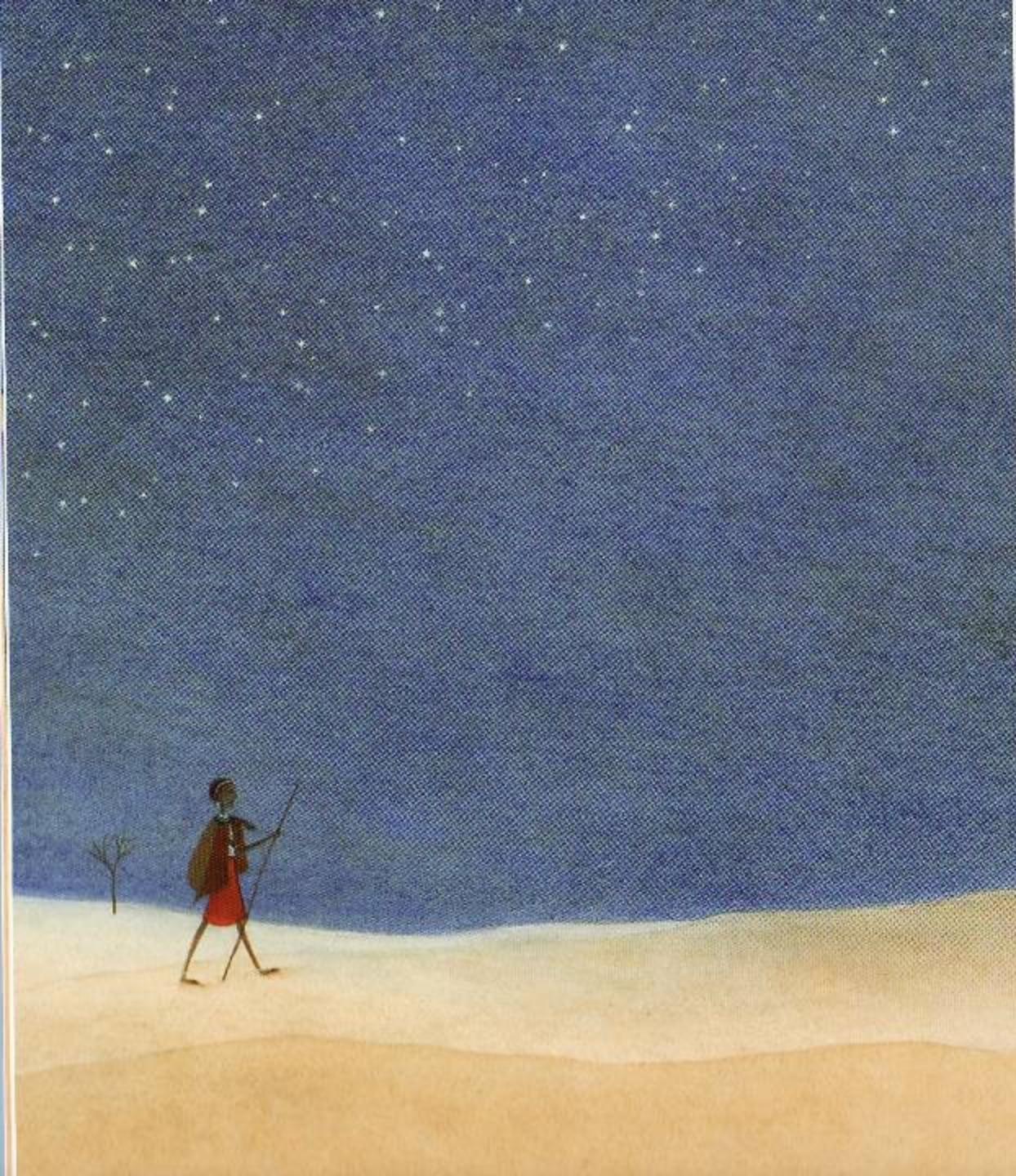
El pozo se ha secado –se lamentaba su madre una noche en que nadie podía dormir–, pronto los cultivos también se secarán, y nosotros... necesitamos agua para vivir.



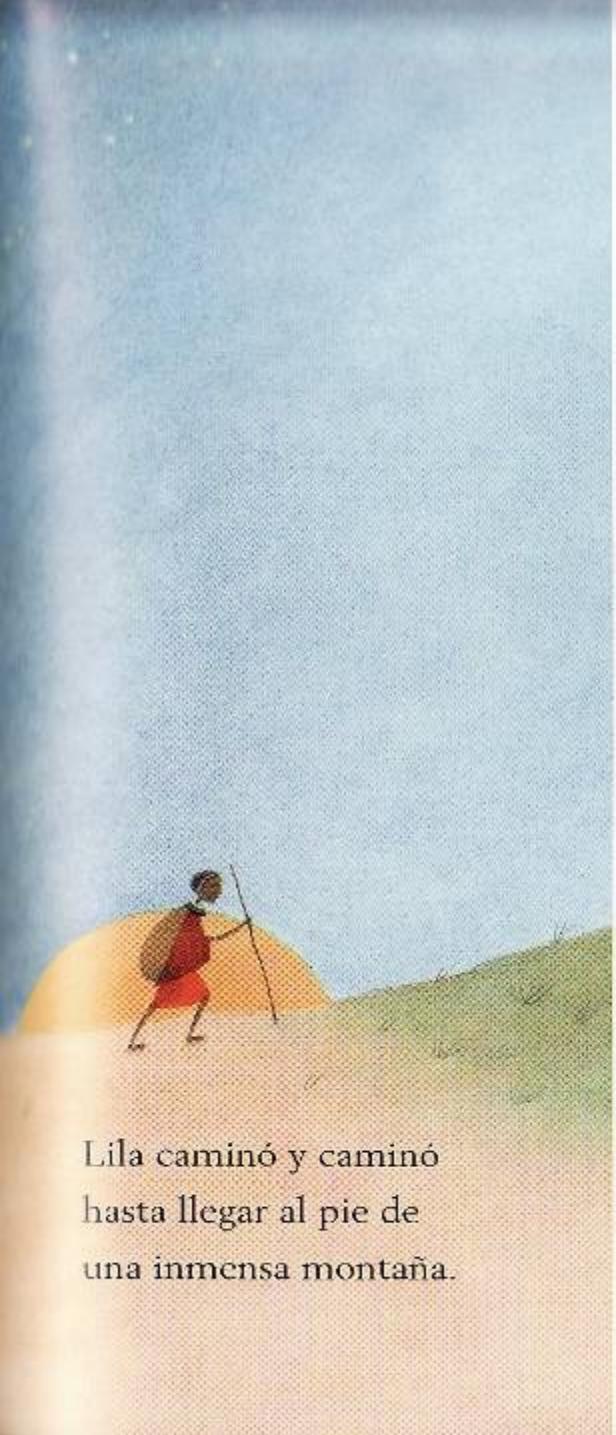
Lila deseaba que el sol se apagara, aparecieran las nubes y lloviera. Pero el sol no se apagó, las nubes no aparecieron y la lluvia no se presentó.

Un día, al atardecer, su abuelo le contó una extraña historia. Hacía muchos, muchos años, cuando él todavía era un niño pequeño, llegó a la aldea un hombre que conocía el secreto de la lluvia. «Para que llueva —le dijo— hay que subir a la montaña más alta, hablarle al cielo y contarle algo muy triste, y entonces el cielo llorará.»

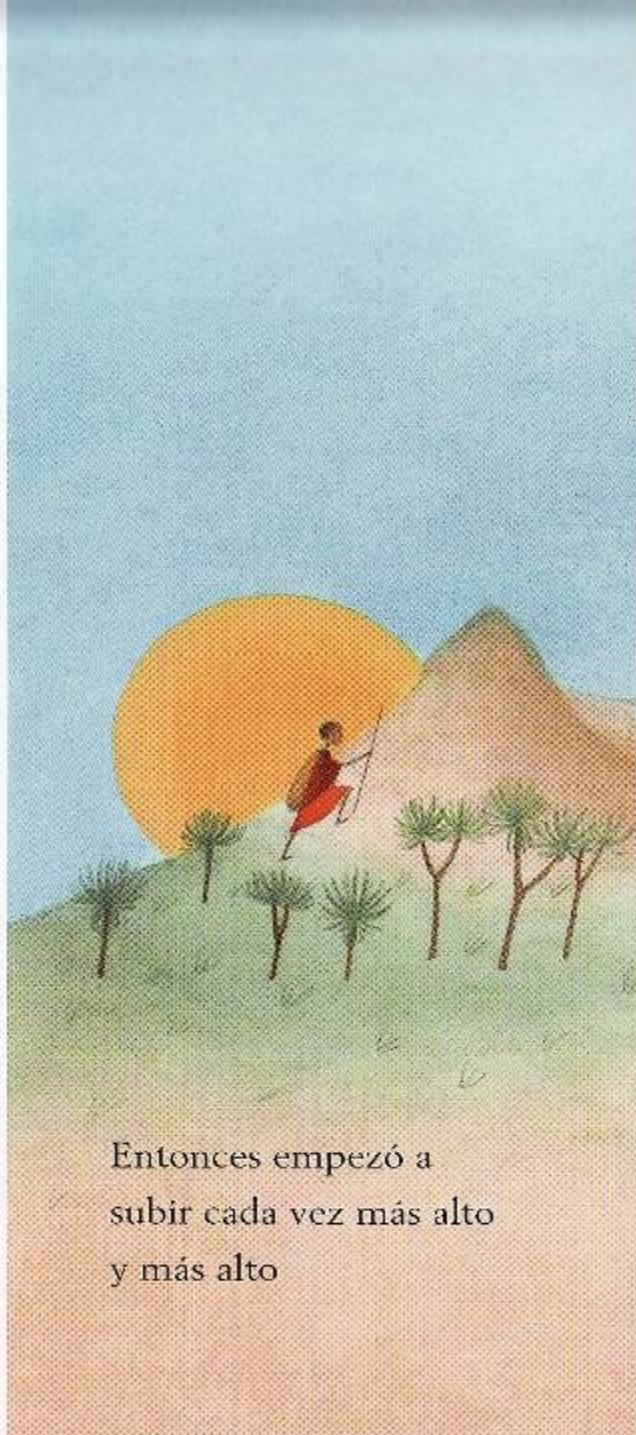




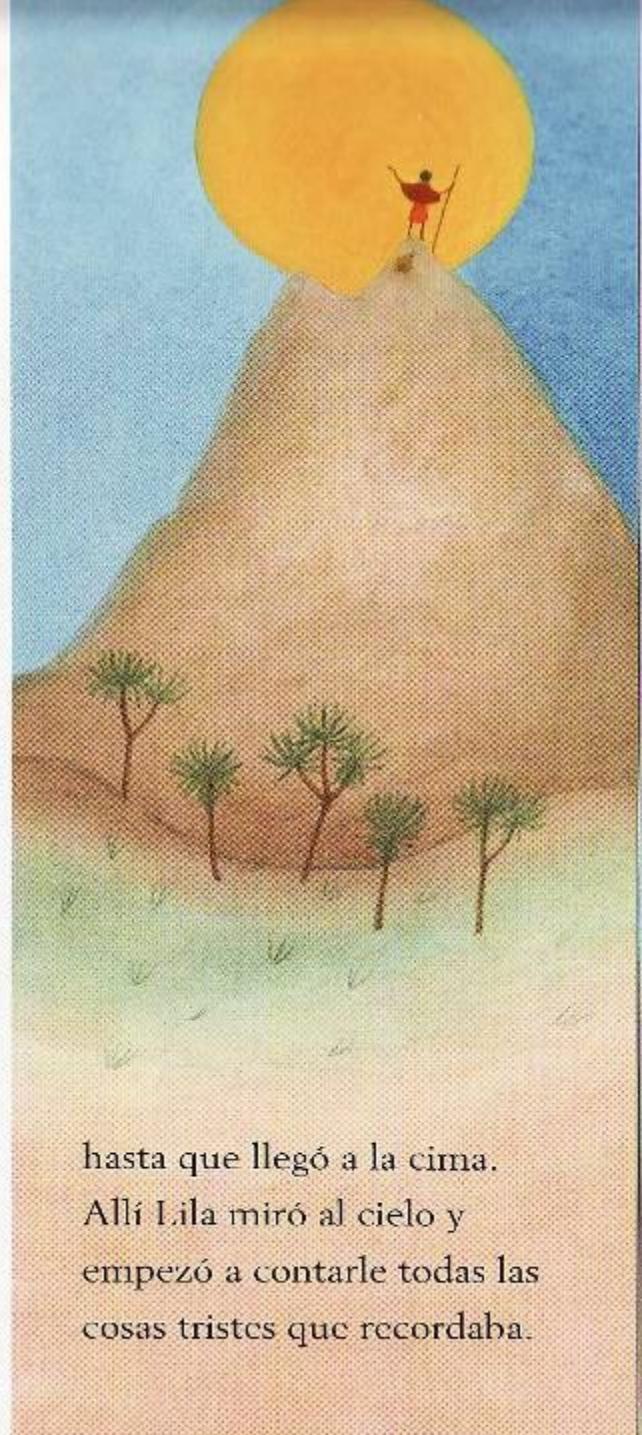
Aquella noche Lila no pudo dormir, y al alba, cuando el sol todavía dormía, se levantó y fue en busca de la montaña más alta.



Lila caminó y caminó
hasta llegar al pie de
una inmensa montaña.



Entonces empezó a
subir cada vez más alto
y más alto



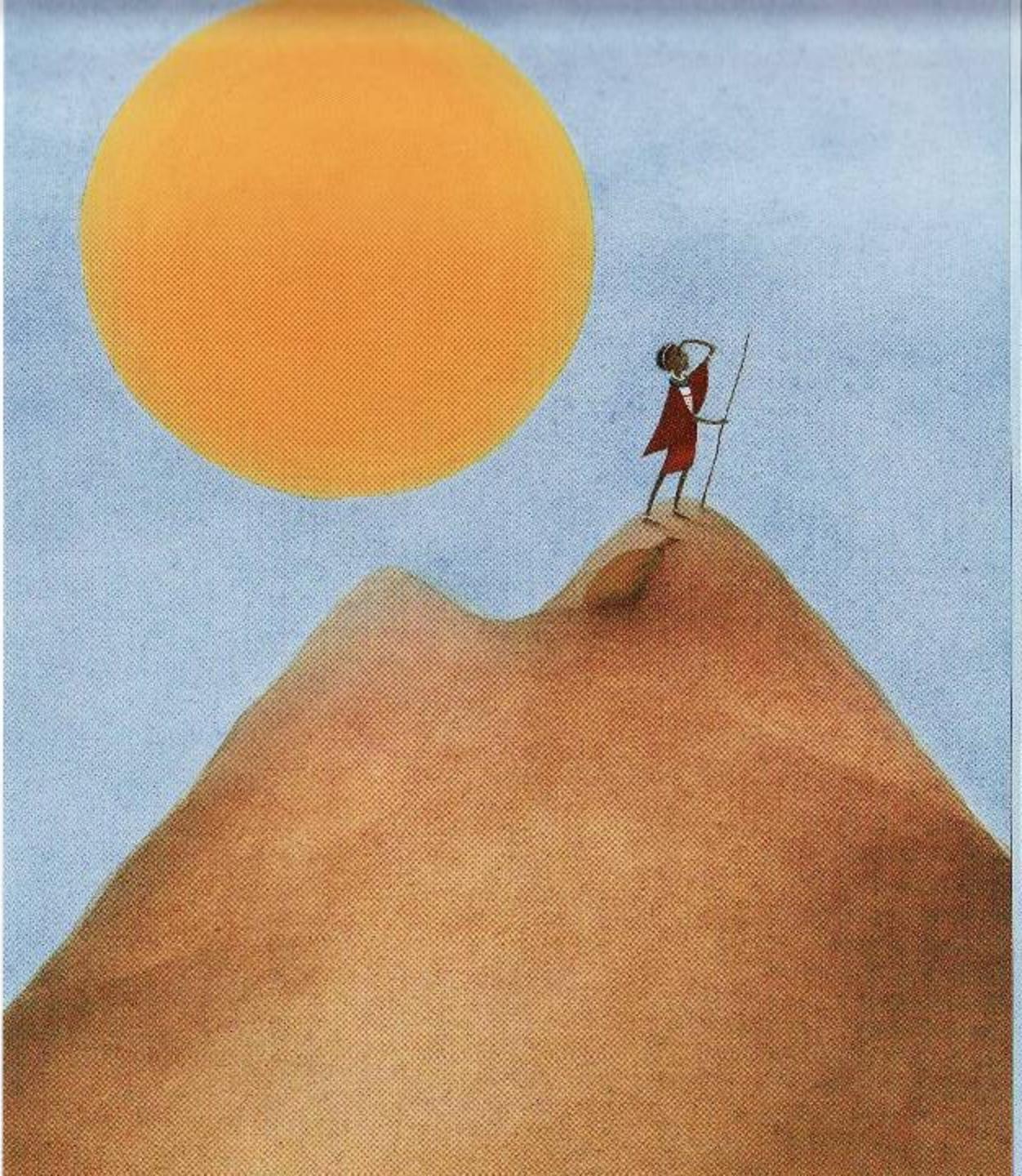
hasta que llegó a la cima.
Allí Lila miró al cielo y
empezó a contarle todas las
cosas tristes que recordaba.

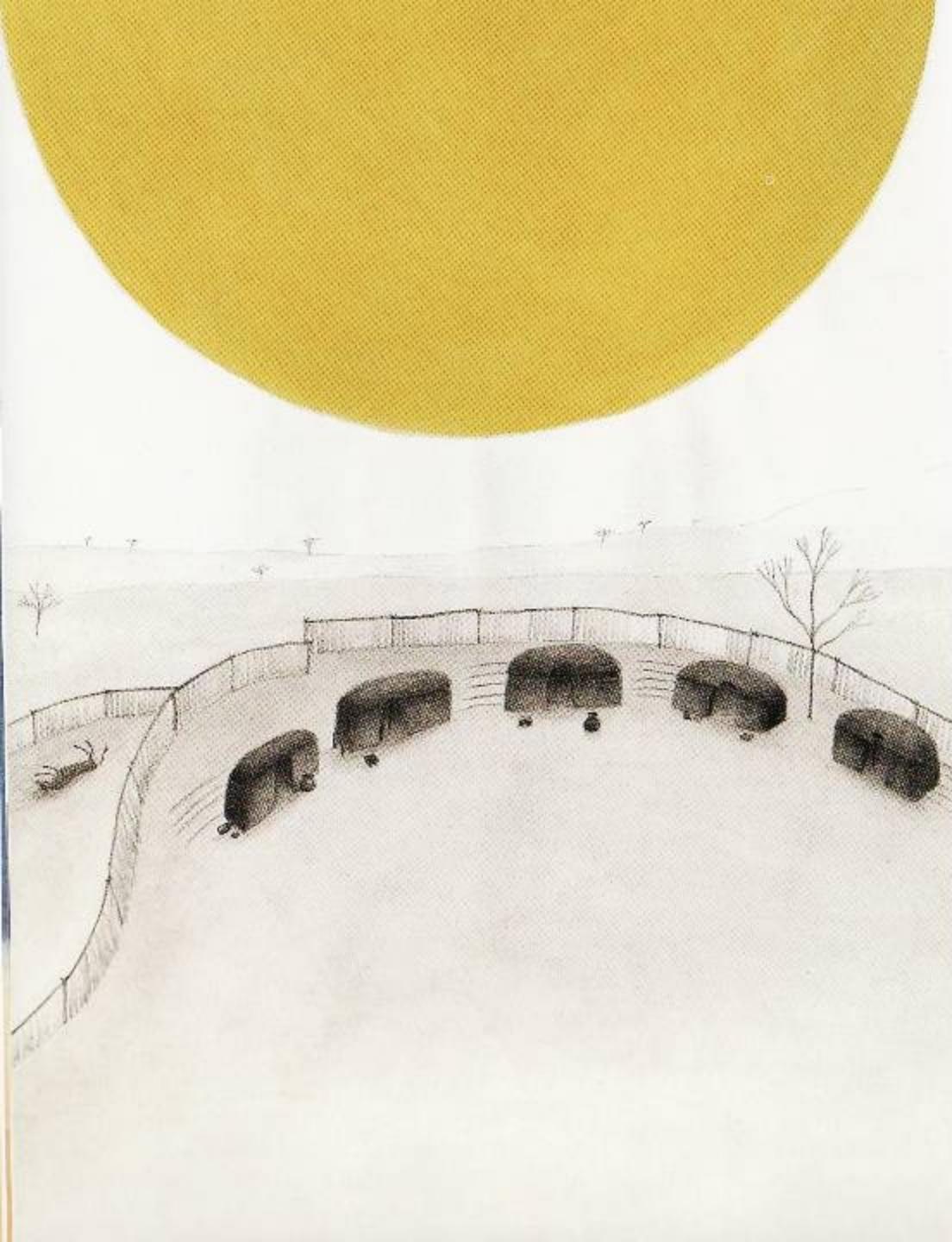


El día en que su hermano se hizo una herida en
la pierna persiguiendo a una gallina, o el día
en que ella se quemó la mano cuando ayudaba
a su madre a cocinar. Y otro día en que...

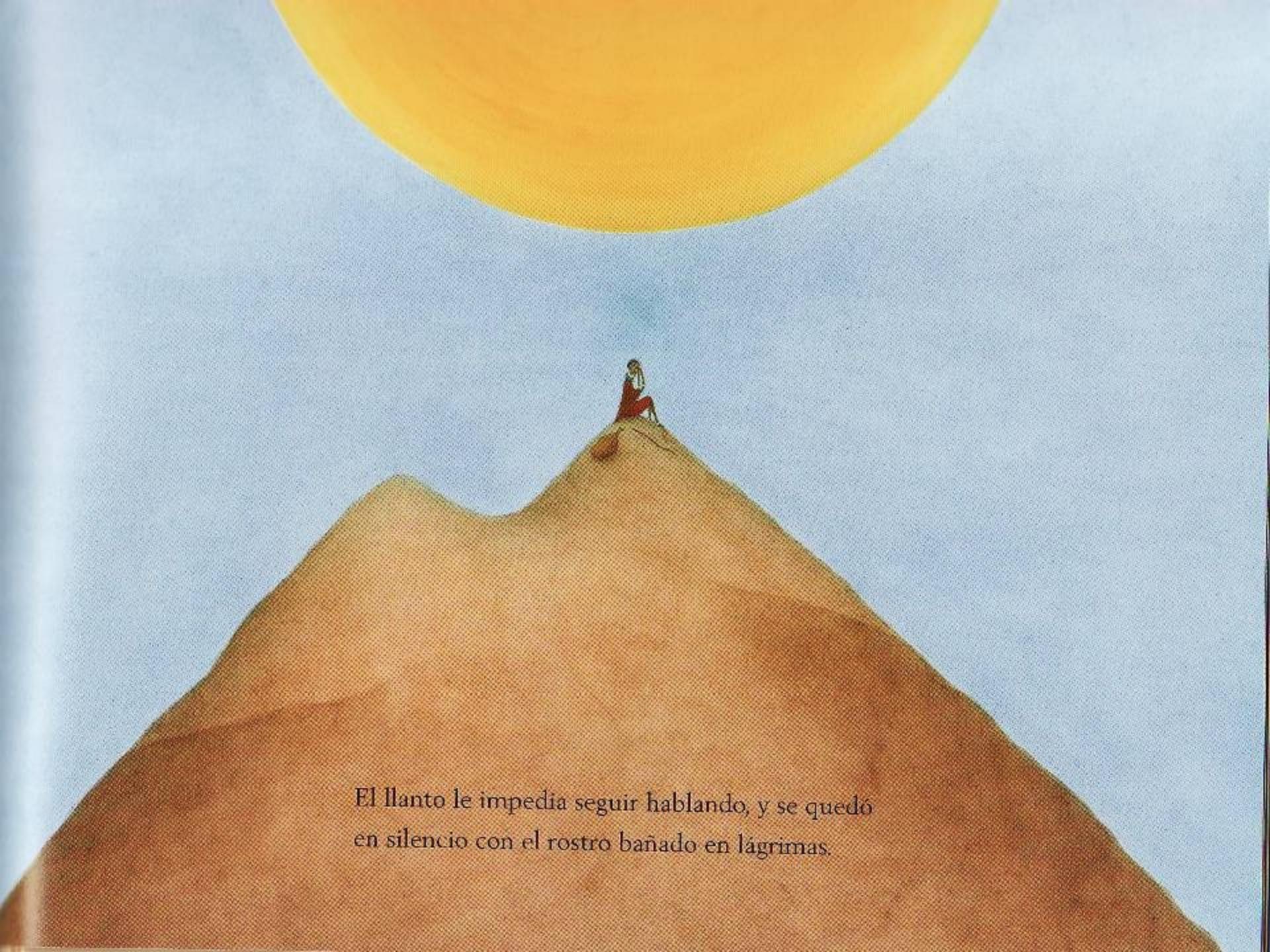


Lila buscaba más historias tristes, pero el cielo no se conmovía, nada lo alteraba, y el sol seguía brillando inmutable como un poderoso rey en su trono azul.

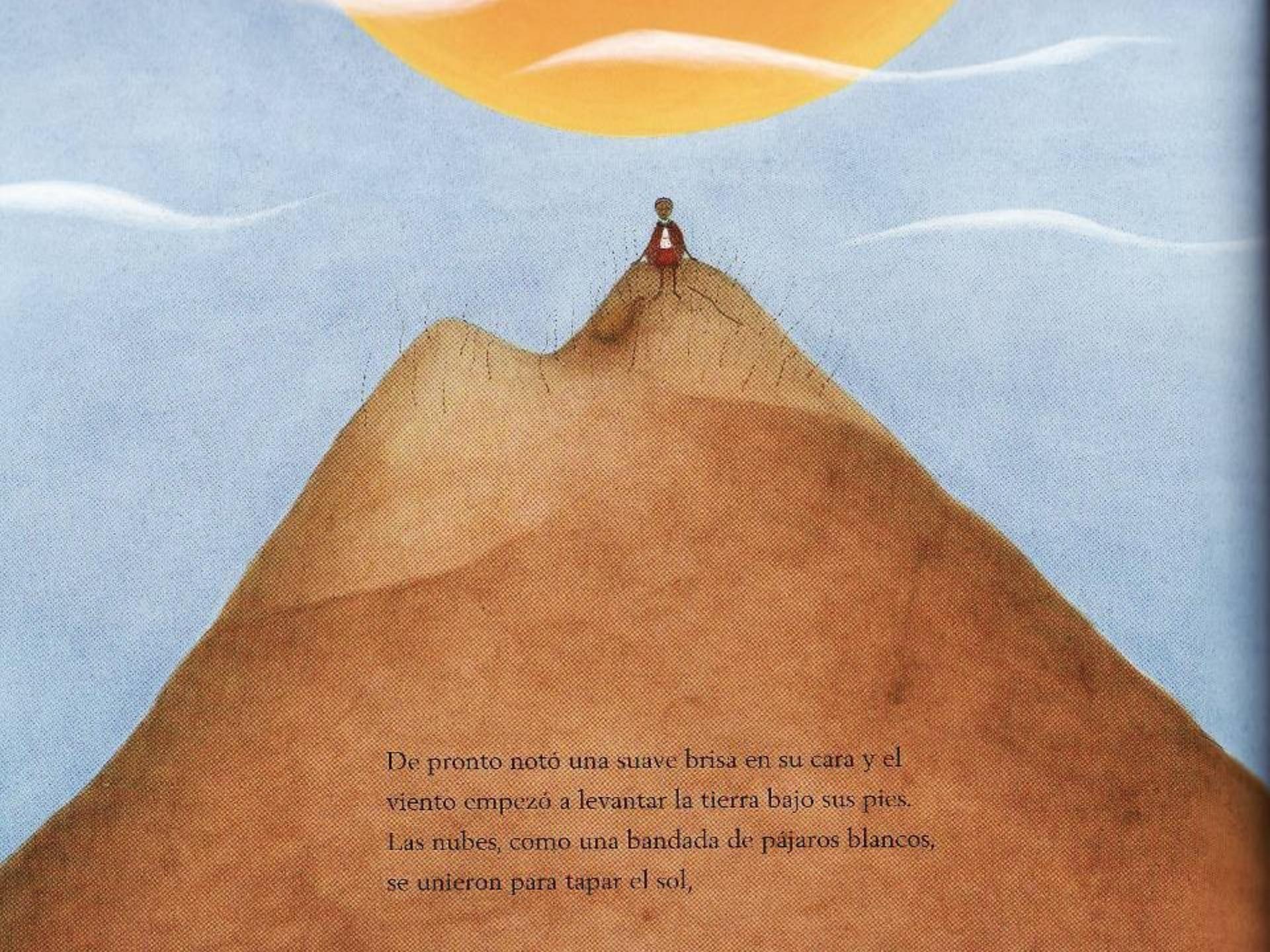




Lila no pudo más y se echó a llorar: «no sé qué hacer, la aldea se muere bajo el sol, no podemos recoger la leña –gemía Lila con apenas un hilo de voz–, no podemos sembrar ni ordeñar las vacas. El pozo ya no tiene agua, las cosechas se han secado, no tenemos nada para comer y pronto todos moriremos».



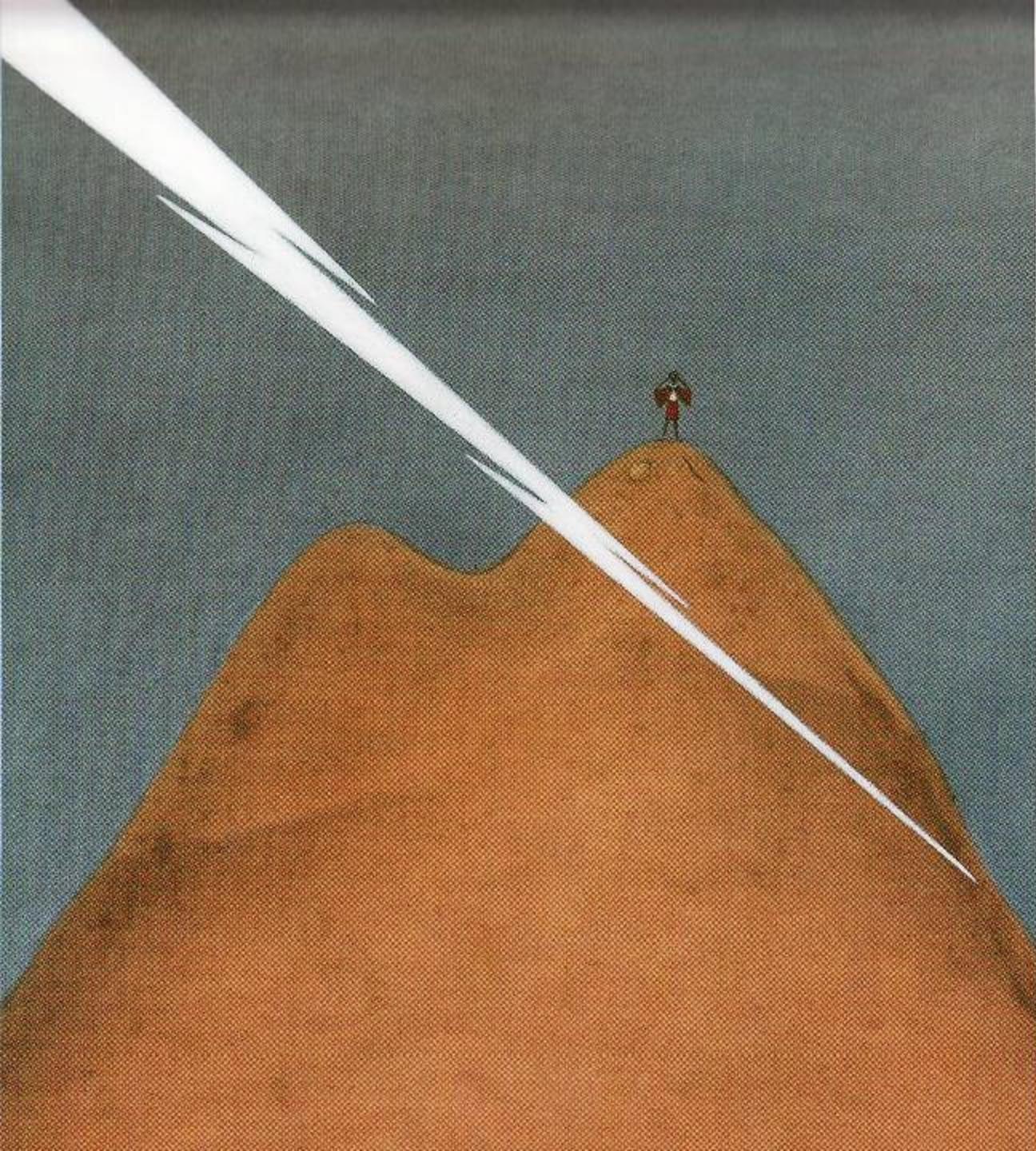
El llanto le impedía seguir hablando, y se quedó en silencio con el rostro bañado en lágrimas.



De pronto notó una suave brisa en su cara y el
viento comenzó a levantar la tierra bajo sus pies.
Las nubes, como una bandada de pájaros blancos,
se unieron para tapar el sol,



y, contagiadas por la tristeza de Lila, se fueron oscureciendo hasta que todo el cielo se volvió negro como el ébano.



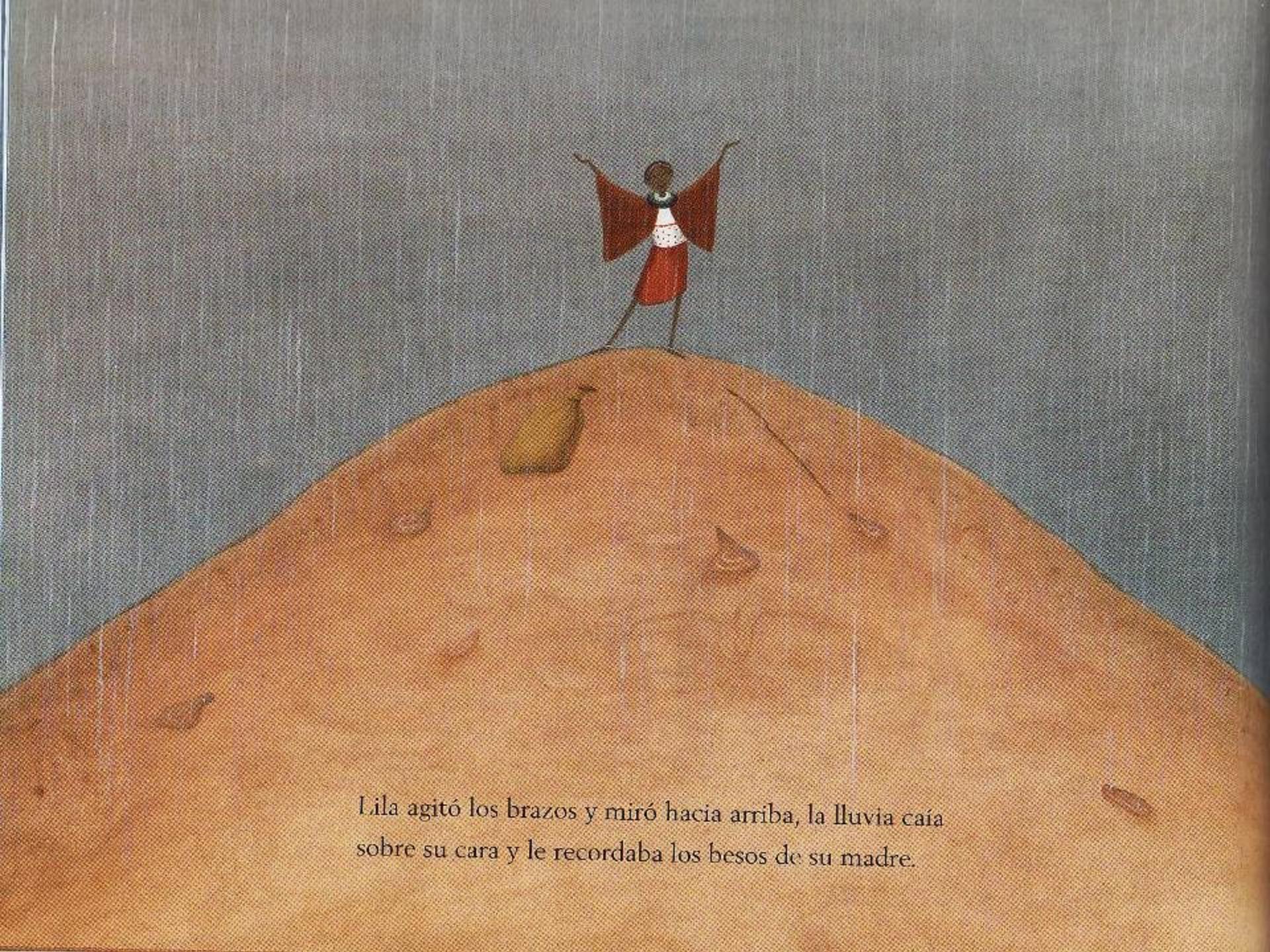
De repente, un gran rayo
de luz atravesó el cielo
y el rugido de un trueno
lo invadió todo.



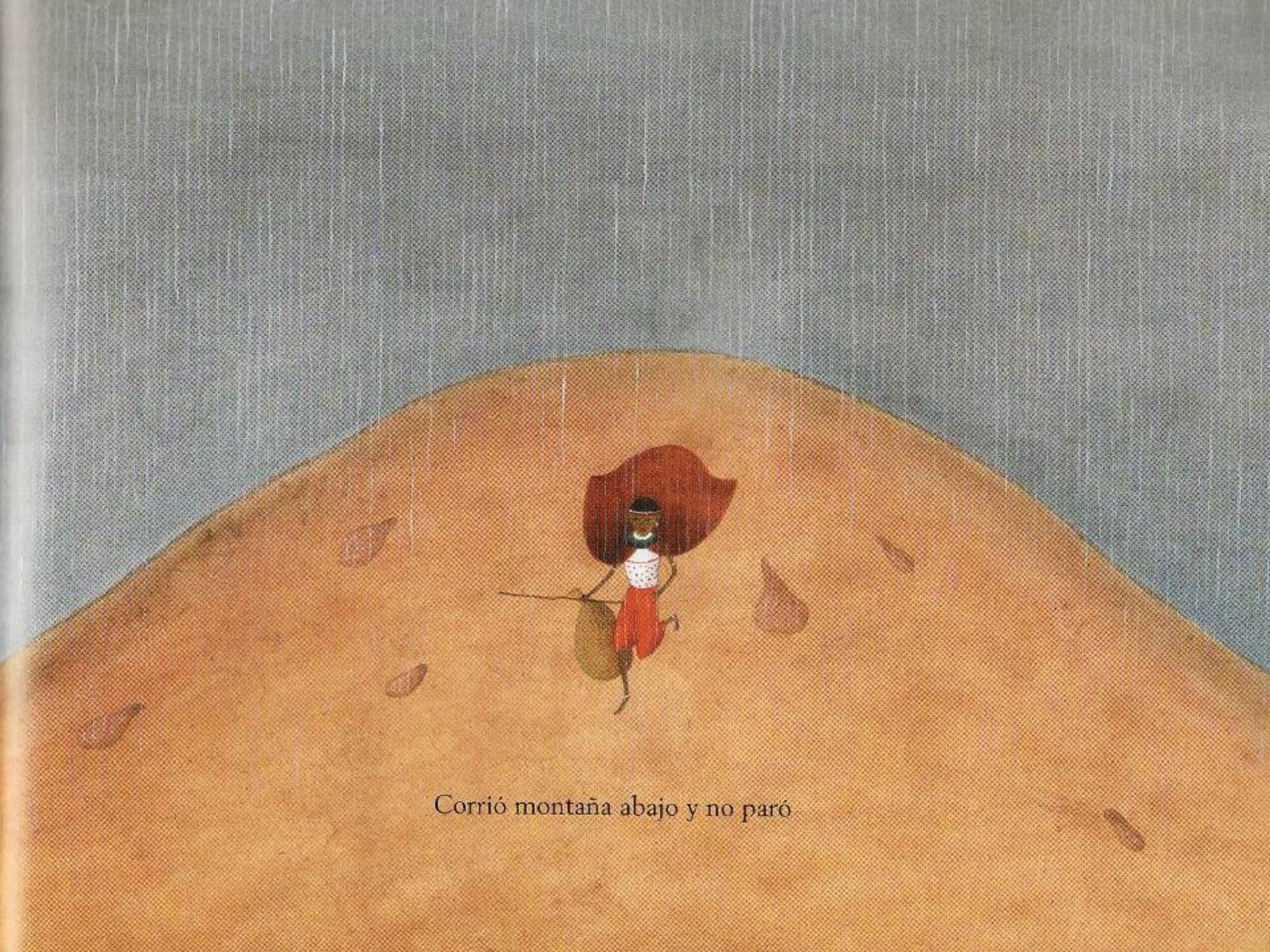
Lila sintió que una gota
acariciaba su pie...

después otra gota,
y otra y otra...

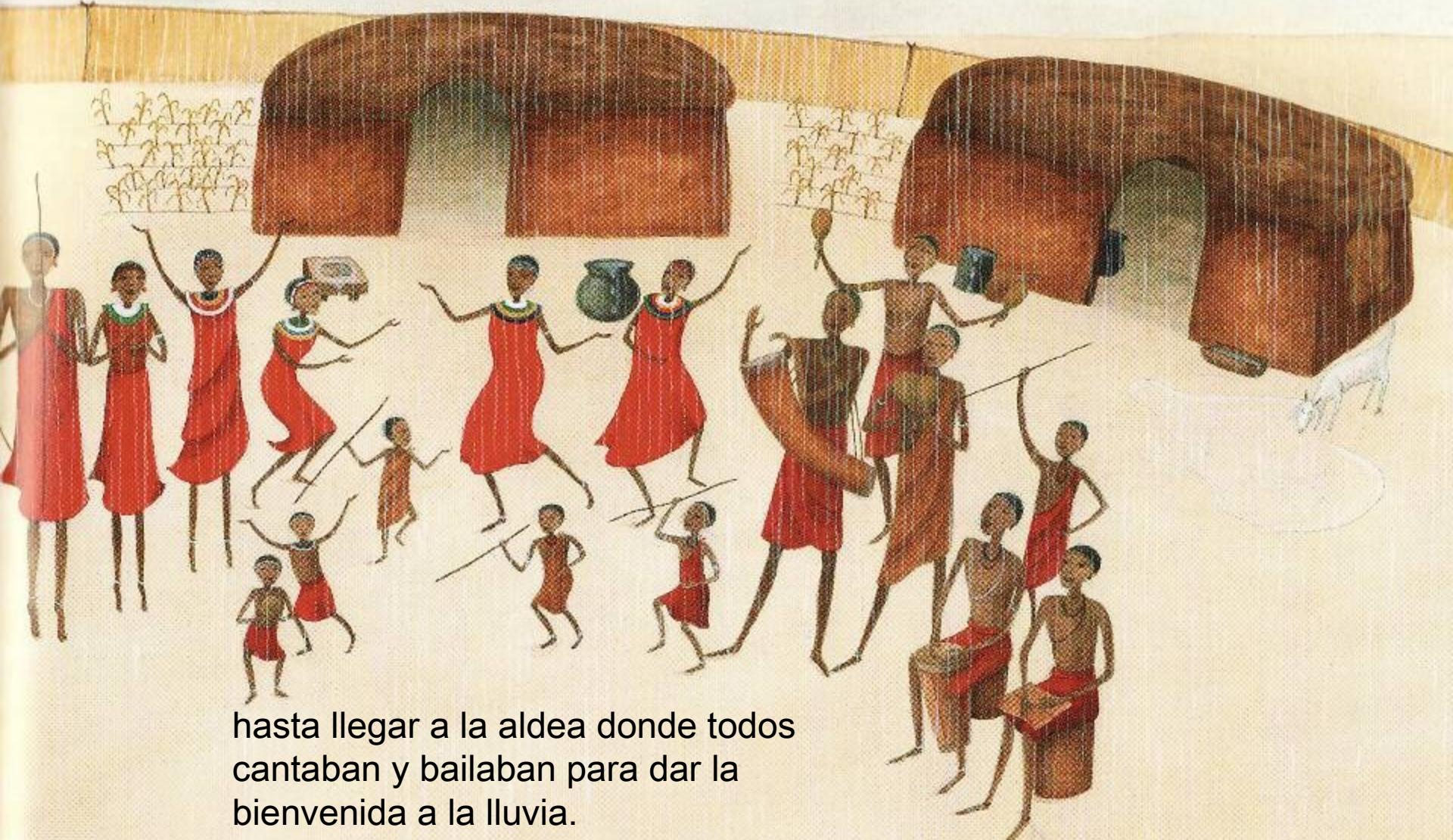
el cielo lloraba y sus lágrimas
empapaban toda la tierra.



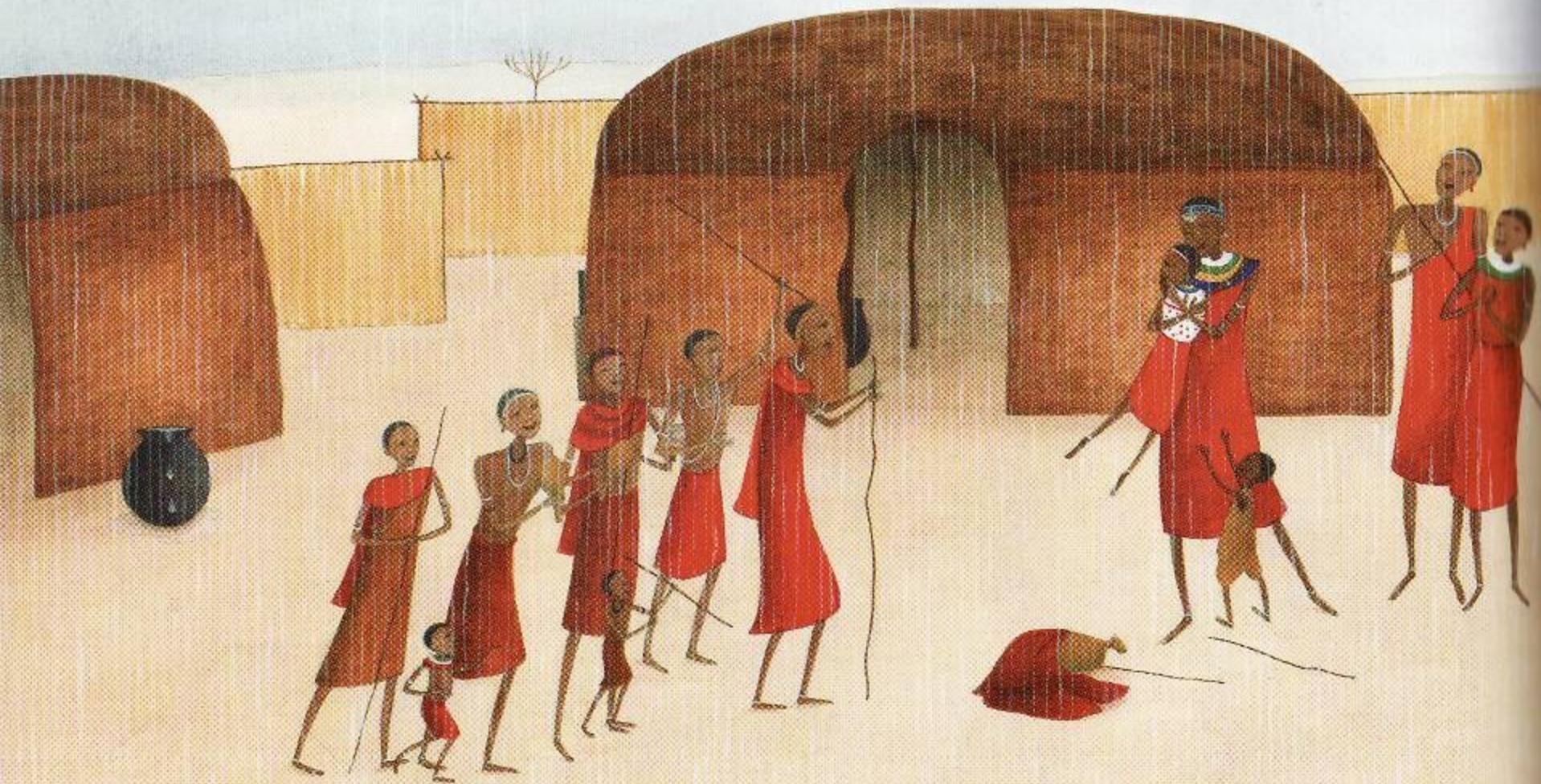
Lila agitó los brazos y miró hacia arriba, la lluvia caía sobre su cara y le recordaba los besos de su madre.



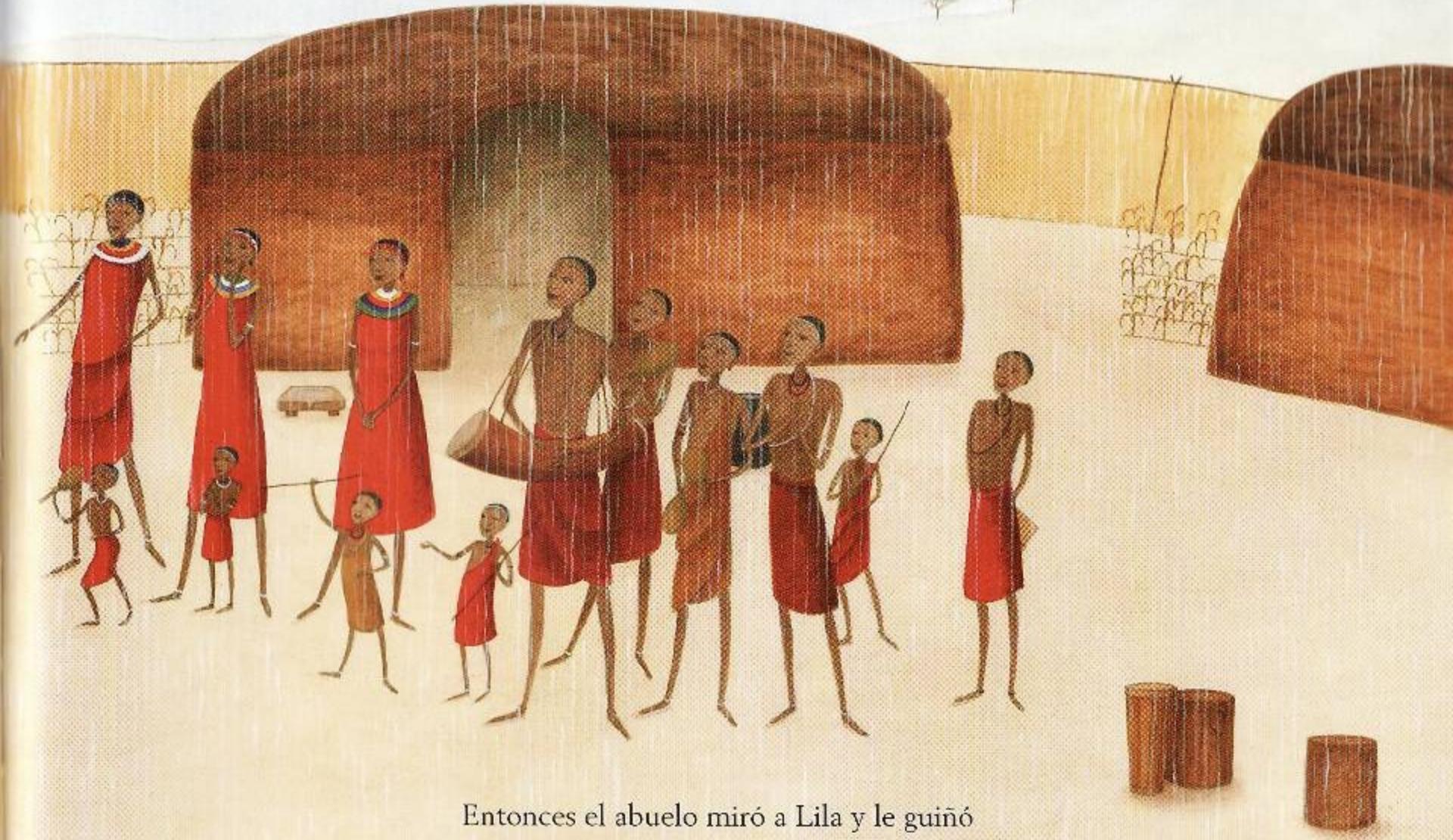
Corrió montaña abajo y no paró



hasta llegar a la aldea donde todos
cantaban y bailaban para dar la
bienvenida a la lluvia.



La madre de Lila, al verla, sintió un gran
alivio en su corazón y la estrechó con
fuerza entre sus brazos.



Entonces el abuelo miró a Lila y le guiñó un ojo... Lila le sonrió. Sólo ellos dos sabían cuál era el secreto de la lluvia.



“Un libro lleno de empatía que cuenta una bella historia mediante ilustraciones que nos transportan directamente al continente africano”